Coleccionista

Cuando salí del Metro tuve que entornar los ojos ante la fuerza del sol. Era una mañana de invierno, fría, pero sin viento ni nubes. El cielo azul lucía limpio gracias a las lluvias de la semana anterior. Hacía tiempo que no paseaba por el Rastro. Me gustaba andar sin prisa y mirar los puestos de viejo. No me paraba mucho delante de los de ropa, artesanía o bisutería de la plaza de Cascorro, o la Ribera de Curtidores. Prefería la plaza de Campillo, con sus tenderetes de libros usados y artículos variopintos de segunda, tercera o cuarta mano. Me encantaba bucear entre hierros oxidados, llaves roñosas, adornos de bronce y vajillas desportilladas, buscando algo interesante. Casi nunca compraba nada, pero disfrutaba dejando pasar la mañana entre trastos. Cada uno tenía una historia que yo me inventaba. Las llaves abrían puertas de misteriosas mansiones, la vajilla había pertenecido a una familia desaparecida, y las muñecas de porcelana con ojos de cristal estaban malditas.

Llevaba un mes sin aparecer por aquellas calles. Busqué entre mis puestos favoritos. No encontré nada en los habituales, así que comencé a rebuscar entre los cachivaches colocados encima de una manta que un vendedor que no conocía había tendido en el suelo. Llamó mi atención un par de plumas antiguas, algo deterioradas y colocadas en sus estuches originales. Mientras las observaba, el dueño se acercó a mí.

- Si le interesan le hago un buen precio por las dos. Habría que cambiarles el depósito de tinta, pero yo le puedo dar la dirección de un sitio en el que se lo harían por muy poco.

Fingí cierta desgana, no quería parecer demasiado interesada antes de saber el precio. Pero él no parecía tener ninguna prisa por endosarme sus artículos. Rebuscó en una bolsa de lona y sacó varios objetos que colocó sobre la manta. Entre ellos había otra estilográfica, probablemente más antigua que las que yo estaba examinando. Me la tendió sin decir palabra, con una media sonrisa.

Era una pluma de cuerpo metálico, oscurecida por los años, pero en buen estado. El cuerpo reproducía la forma de una figura mitológica, quizá un dragón. Se distinguían unas garras talladas y una cola terminada en punta. El capuchón se remataba con una cabeza coronada por unos pequeños cuernecillos y con dos pequeñas piedras rojas en el lugar de los ojos. Al abrirla apareció un plumín dorado en muy buen estado.

- Le hago una oferta especial por las tres. ¡Vamos! No finja que no le interesan. No soy de los que piden el doble para después bajar a la mitad. Le doy mi precio y usted decide.

El precio era aceptable. Yo llevaba coleccionando estilográficas desde hacía bastantes años. Últimamente me esforzaba en encontrar piezas antiguas, a ser posibles usadas, y si tenían algún nombre grabado, mejor. Me parecía que guardaban más historias detrás y me encantaba fantasear sobre los anteriores dueños.

Me fui con mi botín guardado en el bolsillo del abrigo. No quise seguir paseando. Me apetecía más volver a casa a limpiar mis nuevas adquisiciones y ver si alguna estaba en buen uso.

Me dediqué sobre todo a la última, la que tenía forma de dragón. Comprobé que una vez limpia estaba en perfecto estado.

La cargué con tinta violeta, mi favorita, y firmé unas cuantas veces sobre el papel en blanco. Al terminar el último trazo noté un pinchazo en mi dedo medio. Algo punzante en el cuerpo de la pluma me había arañado la yema del dedo, y una gota de sangre cayó en la mesa. El relieve de una de las pezuñas talladas se me había clavado. No me había fijado que estuviesen tan afiladas.

La sangre seguía goteando sobre el papel. Distraída mojé el plumín en la mancha roja y garabateé una firma sobre otra hoja en blanco. Le coloqué el capuchón y decidí que por aquel día ya había terminado con ella. El papel quedó olvidado sobre la mesa.

Al día siguiente, mientras recogía la habitación, eché un vistazo a la última hoja, la que había firmado con la sangre de mi dedo. Pensé en las historias que había leído sobre contratos con el maligno firmados con sangre. No estaría mal pedir algo, pensé. Por favor, no penséis mal de mí. No creo en ese tipo de historias. Ya sabéis, las meigas no existen, pero haberlas, “haylas”.

Me senté delante de la hoja en blanco, pensando en qué podría pedir. ¿Dinero? Bueno, nunca está de más un buen colchón económico, pero en realidad, ¿merecía vender por él mi alma al diablo? Quizá podría pedir directamente ser feliz. Algo un tanto vago, pero que cubre cualquier aspiración. Y por eso si se puede vender el alma, si es que existe.

Al cabo de un rato me levanté de la silla y recogí todo, metiéndolo en un cajón. Era lunes y había que trabajar. No podía perder más tiempo en tonterías. El papel seguía en blanco.

No volví a pensar en el tema durante el resto de la semana. El domingo siguiente volví a pasear por el Rastro y pasé por la plaza del Campillo. Me acerqué de nuevo al puesto, y comprobé que el vendedor seguía allí.

- ¿No ha usado aún la pluma? - me preguntó - No es un artículo de coleccionista, no le gusta estar quieta. Su anterior dueño me dijo que la vendió porque cuando llevaba un tiempo sin usarla no se sentía a gusto. Sentía como si le llamase. Era un escritor de éxito, pero no puedo decirle su nombre. Me pidió que no le mencionase. ¡Anímese! Cójala, ponga el plumín en el papel y déjela ir. Sólo eso.

 Sonreí educadamente y le aseguré que seguiría su consejo. Era asunto mío si la usaba o no, pensé.

Esa misma tarde rebusqué en el cajón y saqué la dichosa pluma. La miré con atención. Por un momento la luz dio directamente en los ojos del dragón, y las cuentas rojas brillaron. Parecía mirarme fijamente. Le di vueltas en la mano sin decidirme a utilizarla. No me fiaba de ella. Ya sé que suena ridículo, pero a esas alturas yo ya veía aquel objeto como a un ser vivo, y con no muy buenas intenciones. Yo también me encontraba nerviosa, desasosegada, como su anterior dueño. Para acabar con aquella sensación decidí utilizarla, segura de que así acabaría con aquel malestar. El papel en blanco con la firma de sangre seguía en el cajón. Lo cogí, me senté en la mesa del salón y empecé a escribir. No pensé. Simplemente dejé que mi mano se deslizase dejándose llevar. Había oído hablar de la escritura automática, pero nunca lo había experimentado antes.

Dejé pasar unos minutos antes de ver lo que había escrito. Y una vez que lo hice rasgué el papel en pedazos. Después los quemé. Limpié bien la pluma, para que desapareciese cualquier rastro que aún pudiese quedar de mi sangre. Y el siguiente domingo fui a devolverla. No la quería más en casa. El hombre sonrió socarrón. Hubiese jurado que sus ojos brillaban rojos como los del dragón al recogerla.

Nunca he confesado a nadie lo que escribí en aquel papel. Empecé fantaseando sobre lo que desearía, y acabé reflejando en aquellas líneas cosas que aún me hacen temblar cuando las recuerdo. No me extraña que su anterior dueño se librase de aquel maldito instrumento de escritura.

Aún visito el Rastro. Aún me gusta husmear entre los trastos viejos. Pero ya no me atrevo a comprar nada.

Por si acaso.

Puck